

Palacios de Goda posee una iglesia parroquial sencilla. Pero su arquitectura está valorada por la sinceridad de su traza, la pureza de los volúmenes y la perfección de sus aparejos. Esta arquitectura constituye un manjar para quien sabe valorar la arquitectura partiendo de estos elementos. El dibujo nos lo hace apreciar.

El origen de Palacios se halla en una torre «almenara», que servía de vigía a los cristianos. La torre se torna más adelante campanario, cuando se construye una nave para el templo. Y va surgiendo el poblado. Es de advertir que previamente el autor nos ha introducido con el plano de la Tierra de Arévalo, donde se asienta Palacios, y con el propio del pueblo. Todo ello responde a una programación deliberada que va desde el análisis del territorio hasta descender a la forma de la pila bautismal.

La lectura de los libros de cuentas permite seguir la película histórica del templo. La nave se cierra con una capilla que será la mayor. Aquí se aplica el máximo adorno: una armadura mudéjar de planta octogonal. La serie de preciosos diseños nos permite vislumbrar su estructura, la disposición de los lazos. Otra serie de diseños muestran la estructura de la torre, tanto en fachadas como en plantas.

La iglesia es presentada con todo género de diseños. Se ve evolucionar la planta. Por medio de cortes cabe apreciar la disposición del interior. Se añade la planta de cubiertas, que no suele figurar en los libros de arquitectura y sí sólo en los proyectos de edificios actuales. Y finalmente, se muestran los alzados de los cuatro costados del templo. Luego se pasa a los diseños de elementos fragmentarios, como las columnas; e el mismo órgano. Precisamente para dejar constancia de lo que se pretende, el autor no ha deseado introducir ni una sola fotografía.

Hay que confesar que los ojos se rinden ante la evidencia, por la maestría del diseño, su capacidad de enseñar. Es un tipo de monografía que uno debe recomendar, como la más plausible para el conocimiento de la arquitectura. Esto, aparte de la gran belleza que comportan los diseños, y que hacen que la obra se identifique con los medios de estudio que nos la ofrecen.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

CASASECA CASASECA, Antonio, *Catálogo Monumental del Partido Judicial de Peñaranda de Bracamonte (Salamanca)*. Ministerio de Cultura. Madrid, 1984, 601 páginas, 502 fotografías.

La publicación de un nuevo tomo del *Catálogo Monumental de España*, tan atrasado todavía en su elaboración, representa acontecimiento de primer orden en los medios histórico-artísticos. Si éste además viene acompañado por abundante repertorio gráfico, el motivo de satisfacción resulta doble.

En esta ocasión ha sido la provincia de Salamanca, tan desconocida aún pese a su importancia, la favorecida por la dedicación de un profesional en las tareas de catalogación. El antiguo partido judicial de Peñaranda de Bracamonte, con un total de 33 pueblos, rinde hoy sus frutos a los interesados en nuestro Patrimonio. El resultado, francamente halagüeño, pueda dar satisfacciones a todos los que nos dedicamos a una u otra parcela dentro de la Historia del Arte. Un breve repaso a las aportaciones que el autor ofrece permite comprobar el interés y novedad de la publicación.

En arquitectura sobresale el espléndido repertorio y estudio de 49 planos y alzados, algunos de consideración muy especial como los de Cantalapiedra y Santiago de la Puebla. En escultura medieval destaca la imagen flamenca de *Ntra. Sra. de las Virtudes* (hoy en Rágama); la renacentista está bien representada por el retablo (de Pedro Guadalupe?) y el *Calvario* (Valmaseda?) de Santiago de la Puebla.

La escultura barroca ofrece ejemplares tan notables como los *Crucifijos* de Alaraz

y Zorita de la Frontera; los santos basilius del retablo mayor de Arabayona de Mójica (del siglo XVIII y próximos a Villabrille); el *San José*, de Cantaracillo (probablemente de L. Salvador Carmona); los ladrones, de Peñaranda (E. de Rueda?); las esculturas de Simón Gavilán Tomé, en Rágama; el *San José*, de Salmonal original de José Zazo (no Juan ni Agustín); aparte de las esculturas italianas, conservadas en la clausura de las Carmelitas Descalzas de Peñaranda, de la que también se publican varias trazas originales del arquitecto carmelita fr. Pedro de la Visitación.

Precisamente el estudio de las pinturas que atesora este último convento, algunas publicadas ya por don Manuel Gómez Moreno y por H. Wethey constituyen otra de las aportaciones más sobresalientes del *Catálogo* originales inéditos de Alonso del Arco, José García Hidalgo, Lucas Jordán, Lorenzo Vila, Diego Díez Ferreras, etc., bien merecían el esfuerzo del trabajo. Junto a éstas se publican una *Inmaculada* (Humilladero de Peñaranda) próxima a Fc.º Solís y el interesante *Martirio de San Sebastián* firmado por Francisco Agustín en 1786 (Cantalpino).

Dejamos para el final dos obras, un retablo y un palacio, que merecen comentario aparte. El retablo, conservado en Bóveda del Río Almar y en cuyo ático figura un interesante relieve de *San Francisco de Paula* (no San Elías), procederá con toda seguridad del convento que los Mínimos poseyeron en Mancera de Abajo. Las armas que ostenta son propias del I. Marqués de Mancera, don Pedro de Toledo y Leiva († 1654), virrey del Perú, casado con doña María de Salazar Enríquez de Navarra, patronos del citado convento, que estuvo colocado bajo la advocación de Ntra. Sra de la Asunción (pág. 170, nota 45) y del que también procederá el retablo del Cristo conservado ahora en Salmoral.

En Mancera existen todavía las ruinas del palacio que perteneció a los señores del lugar y cuya planta y descripción efectúa el autor del *Catálogo*. Por nuestra cuenta apuntamos su coincidencia con el esquema que se utilizó en la casa de don Diego Colón en Santo Domingo (República Dominicana). Bueno será indicar que el palacio de Mancera fue construido en las postrimerías del siglo XV o en la primera década del siguiente y puede que resulte verdaderamente interesante señalar que el señor de Mancera en aquellos momentos era don Luis de Toledo, sobrino de don Fernando de Toledo, padre a su vez de doña María de Rojas quien, como es sabido, fue esposa del Almirante. ¿Nos encontramos delante del más inmediato y familiar ejemplo del palacio dominicano?

Libro pues importante que por su amplio contenido facilita al investigador el acceso a una olvidada y rica parcela de nuestro Patrimonio cultural y que sin reservas debemos de agradecer a don Antonio Casaseca y al Ministerio de Cultura que ha promovido su edición.—JESÚS URREA.